



Archdiocese
of Toronto

Catholic Pastoral Centre
1155 Yonge Street
Toronto, Ontario M4T 1W2
T 416.934.0606
www.archtoronto.org

**Mensaje de Su Excelencia Reverendísimo Francis Leo
Arzobispo Metropolitano de Toronto
Domingo de la Corresponsabilidad – 22 de septiembre de 2024**

Alabado sea Jesucristo.

Hermanos y hermanas en el Señor,

Hoy, en toda la Arquidiócesis de Toronto, celebramos el Domingo de la Corresponsabilidad. Agradezco profundamente esta ocasión para dirigirme a ustedes sobre un aspecto fundamental de nuestra vida cristiana: cómo manifestamos nuestra fe, tanto individualmente como en comunidad, cómo vivimos nuestras convicciones y servimos en un mundo que, a menudo, no comprende lo que significa ser amados por Dios ni lo que implica buscar activamente Su propósito en nuestras vidas y cumplir Su plan salvador. Hablamos, pues, de la **corresponsabilidad**, y en particular, deseo subrayar cómo esta constituye el camino hacia la auténtica vida cristiana y la santidad.

Nos congregamos como comunidad de creyentes y adoradores, discípulos y testigos de Cristo Resucitado, con el deseo de mantener una relación recta con el Señor; una relación profunda y personal, transformadora y redentora. Esta relación de fe y confianza impregna nuestra vida cotidiana, orientándonos a conocerlo mejor, a servir fielmente a Su Reino y a estar con Él para siempre cuando llegue el momento de partir de esta morada terrenal. Como peregrinos en este camino, interactuamos con innumerables personas y estamos llamados a amar y servir con el mismo amor de Cristo, amando al prójimo por amor a Él, incluso a nuestros enemigos. Este llamado requiere un esfuerzo constante para crecer en Su amor, en la virtud y en el servicio. Precisamente de esto trata la corresponsabilidad: de un crecimiento en el amor, en la virtud y en el servicio. Se trata de cultivar una conciencia participativa con Dios, quien nos llama a vivir y permanecer en Su presencia diariamente, a testificar y mostrar Su rostro a una humanidad herida.

La corresponsabilidad es un proceso crucial, una disposición interior y un enfoque multifacético que nos lleva al humilde reconocimiento de quiénes somos, de quién es Dios, y de lo que el Señor desea realizar en nosotros, a través de nosotros y a nuestro alrededor. Tal vez nunca hayan escuchado que la

corresponsabilidad se describa como un proceso o una forma de vivir nuestra fe católica. En el pasado, se ha hablado de la corresponsabilidad casi exclusivamente en relación con compartir nuestros dones, usar nuestros talentos y recursos al servicio de Dios y de la comunidad, cuidando lo que se nos ha confiado y compartiéndolo con los demás para hacer del mundo un lugar mejor. Todo esto es muy cierto y esencial, pero no es todo. Cuando hablamos de corresponsabilidad en términos de un desarrollo vivificante de la fe y el compromiso, de una transformación dinámica, de una manera de ser católico y de servir al prójimo como seguidores del Dios encarnado, de un compromiso vivo y activo que cambia la vida y cambia vidas, entonces no se trata de un acto único de entrega o sacrificio, ni siquiera de una toma de conciencia. Es una disposición fundamental, vivificante y convincente del corazón, de la mente y de la voluntad, que busca mostrar, descubrir y redescubrir las riquezas y el misterio de Dios para servir a Su mayor propósito en nuestras vidas. Para aclarar cualquier malentendido sobre lo que es la verdadera grandeza, Jesús recuerda a sus discípulos en la lectura del Evangelio de hoy: "El que quiera ser el primero, que sea el último y el servidor de todos". Este es el camino real, el camino del Rey, el camino al Reino, y es la vida de todo creyente auténtico.

Cuando comprendemos nuestra vida de fe como un crecimiento interior a semejanza de Cristo, esforzándonos por imitarlo, por pensar y hablar como Él lo haría, por amar como Él y por servir como Él, es entonces cuando somos verdaderos corresponsables de Sus misterios; es entonces cuando vivimos la mayordomía cristiana en su significado más sublime y pleno. Esto puede ser tan simple como invitar a alguien a la misa dominical, ofrecerse como voluntario para compartir un viaje, pasar tiempo en una capilla de adoración perpetua, organizar una venta de pasteles en la parroquia, visitar a los ancianos o a los enfermos, rezar el rosario por el fin de la guerra, defender a los sin voz, llevar la Eucaristía a quienes no pueden asistir a la iglesia, perdonar a un enemigo, luchar contra las injusticias, ayudar a la comunidad, al barrio o a la parroquia, defender la integridad de la fe católica frente a ideologías y herejías dañinas, animar a los jóvenes a descubrir su potencial único y el plan de Dios para sus vidas. Y la lista continúa. Implica entregarnos a nosotros mismos sin considerar el costo, todo porque servimos al Rey del Reino, que es todo verdad y vida, santidad y gracia, justicia, amor y paz.

En un hermoso pasaje de su Carta Apostólica sobre San José, Patris Corde –Con corazón de Padre–, el Papa Francisco explica que no se nos invita simplemente a sacrificarnos o a dar algo, sino más bien, a entregarnos a nosotros mismos a los demás. Y este es el camino hacia la plenitud y la felicidad, algo que todo corazón humano anhela. Él escribe:

“José encontró la felicidad no en el mero sacrificio de sí mismo sino en la entrega de sí mismo. En él nunca vemos frustración, sino solo confianza... Nuestro mundo rechaza a quienes confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, discusión con opresión, caridad con mentalidad asistencial, poder con destrucción. Toda verdadera vocación nace del don de sí mismo, que es fruto de un sacrificio maduro. El sacerdocio y la vida consagrada exigen también este tipo de madurez. Cualquiera que sea nuestra vocación, ya sea al matrimonio, al celibato o a la virginidad, el don de nosotros mismos no llegará a su cumplimiento si se queda en el sacrificio... convirtiéndose en signo de la belleza y de la alegría del amor”.

Así, la corresponsabilidad se revela como un esfuerzo divino y humano, un medio de santificación y glorificación de Dios, cuando contribuimos con oración y aliento, esperanza y caridad, labores diarias y una visión a largo plazo de quiénes somos, para construir el Reino de Cristo entre nosotros. El autosacrificio es parte de la ecuación, pero no es el objetivo final. La corresponsabilidad debe conducirnos a una entrega serena de nuestra vida al Señor y a los demás. Es un don; el don gratuito, benévolo, incondicional y auténtico de nosotros mismos, que permite que la gracia fluya a través de nuestro testimonio en los corazones y las vidas de los demás y, de hecho, en nuestras comunidades.

Por ello, queridos hermanos y hermanas, les agradezco su tiempo y atención. En este día en que celebramos a nuestro Señor Jesús Eucarístico y Resucitado, en este domingo de la Corresponsabilidad, los animo e invito a reflexionar durante esta semana sobre cómo estamos **creciendo en amor, virtud y servicio**, y qué tan preparados estamos para ir más allá de los sacrificios necesarios, buscando, ante todo, entregarnos a nosotros mismos. La entrega de nosotros mismos es mucho más profunda, más santa, y es verdaderamente la forma en que Cristo vivió su misión terrena para salvarnos.

Alabado sea Jesucristo.